

Muerte y memoria

El tono brusco de la voz de Mario de Jesús irrumpió, abruptamente, los murmullos de los hijos y nietos:

—¡Vean, su mama¹ se acabó de morir!

Eran las seis y cuarto de la tarde de ese 20 de julio de 2008 cuando los ojos de Mercedes Ruiz dieron una última mirada alrededor de la habitación, y luego, se cerraron para siempre. Así lo describió Martha Cecilia, una de las hijas mayores, quien estuvo presente cuando su madre se ausentó. Mientras tanto, en el primer piso de la casa, los demás hijos se miraron perplejos reflejando una total inconformidad sin saber con quién o con qué, quizás con Dios, quizás con la vida misma, pues la naturaleza humana siempre debe encontrar razones al momento en que la muerte le hace compañía.

Toto no tuvo otra reacción que golpear bruscamente la puerta de entrada del segundo piso, donde acababa de ocurrir el deceso de Merce, como le decía a su madre. Su corazón se llenó de una cantidad de vacíos. Se había ido la mujer de su vida y su desamparo no quería, siquiera, los guiños de la soledad. En el ambiente solo se vislumbraba un paisaje en colores blanco y negro con personajes, cuyos rostros se cubrían con el velo de la tristeza y la piedad. Al abrirse la puerta, se inició, escalas arriba, el desfile en silencio de quienes estaban a la espera de asumir el hecho de que, de nuevo, la muerte se había hospedado en el hogar.

¹ Expresión típica campesina que no acentúa en la segunda «a», sino en la primera; suena «máma».

Una diminuta figura, resultado de aquel saqueo a su cuerpo, yacía rígida sobre la cama. Ojos cerrados, rostro tranquilo y manos entrecruzadas evidenciaron que Mercedes Ruiz había perdido la batalla, pero, al tiempo, le había ganado a aquel doloroso inquilino, pues solo le dejó el caparazón infestado. Era como si la muerte le hubiera permitido encontrar las libertades que buscó durante toda su vida.

Toto la miró por un instante. Le acarició las rodillas y se echó a llorar. Sus hermanos lucían perplejos alrededor de la cama. Nadie pronunció palabra. Un instante después, el cerco que los hijos habían hecho alrededor dio paso para ver cómo a su madre la cubrían, la posaban en esa camilla metálica y la levantaban para remitirla a la funeraria.

Después de un estático momento, todos reaccionaron e hicieron los preparativos para honrar a Mercedes Ruiz. Como es casi ritual en tal situación, esa noche nadie durmió. Como si estuvieran observando el álbum familiar, se reunieron en la cocina del primer piso para escuchar, con más detalle, el relato de Martha Cecilia sobre los últimos instantes de su madre y abuela.

Al día siguiente, pálidos y desolados rostros adornados con ojos hundidos, salieron de la casa en una tensa y serena caravana rumbo hacia la sala de velación. Al llegar, el entorno permanecía en quietud. Miradas iban y venían esperando la llegada del ataúd. Igual que en aquellas inolvidables celebraciones de día de la madre y de los diciembres, la familia completa se reunió para acompañar, por última vez, a la matrona de la casa.

Un escenario de murmullos y gentes con trajes y lentes oscuros dio cuenta de lo curiosa que es la muerte, pues, al tiempo que yacía sin vida el cuerpo de Mercedes Ruiz, se hicieron más vivos que nunca algunos de los recuerdos donde ella tomó un

mayor protagonismo. Esos que llevaron a la búsqueda de su pasado en el municipio de Andes, Antioquia.

Andes, Antioquia, 1956

Toda una vida...

El arrebol anunciaba la llegada del anochecer. El pueblo lucía tranquilo. El bus hizo su última parada a un costado del parque central. Noé se bajó y observó las montañas del suroeste antioqueño que rodeaban a Andes, para luego fijar su mirada en la imagen de los cuatro evangelistas que adornaban la fachada de la Iglesia Nuestra Señora de las Mercedes. Curiosamente, el reloj marcaba las seis de la tarde, la misma hora del día en que sus padres, un mes antes, le habían informado de que se debía marchar de la ciudad. Como si le estuvieran dando la bienvenida, el repique de las campanas hacía el llamado de la fe.

—¿Qué es lo tuyo, muchacho?

Le preguntó el ayudante del bus escalera en que viajó. Al señalarlo, el viajero recibió una maleta y una caja amarrada con cabuya. Noé Galeano, como se llamaba, tenía veinticinco años, estudiaba Ciencias Políticas en la Universidad de Antioquia, donde se hizo manifestante activo de las protestas contra el gobierno de Rojas Pinilla. Debido a esto, sus padres lo obligaron a salir de Medellín, temiendo posibles retaliaciones de la guardia o los seguidores del general. Y, aunque al principio la rechazó, su posterior reflexión lo llevó a aceptar tal decisión, puesto que lo consideró como una oportunidad para encontrar la primera fotografía de su origen. Ese que durante varios años le tenía encerrado su pensamiento.

Caminó directo hacia una de las cantinas del parque donde pidió un café y preguntó al señor que atendía sobre la plaza San Pedro. Rumbo a su destino pasó por la plaza de mercado. El olor a campo, granos de café y cagajón² de caballo le hicieron saber sobre la típica identidad pueblerina. En uno de los galpones cercanos a la entrada, vio un corrillo de señores y muchachos con sombrero aguadeño que, muy concentrados, jugaban al dominó, mientras otros los alentaban. Se acercó y se percató de que sobre la mesa había posadas varias monedas de dos centavos para el ganador. La llegada del forastero robó la mirada de todos. Uno de ellos se dirigió a él en tono tosco:

—¿En qué le podemos ayudar, paisano?

Noé preguntó por la señora María Galeano. Los que estaban parados propusieron a Trompeta, reconocido bobo del pueblo, que acompañara al joven. Este le sonrió y señaló que lo siguiera. Al cabo de unos quince minutos llegaron a la dirección indicada en la plaza San Pedro. Noé agradeció al bobo con una moneda y tocó el inmenso portón de madera. Cinco minutos después salió un señor de frondoso bigote. Se trataba de don Hilario Gómez, esposo de la señora María Galeano. Era un hombre de unos cincuenta y cuatro años, de dura expresión. Miembro de una familia conformada por nueve hermanos, cuyos padres, de arraigo conservador, provenían de Envigado.

Caminaron por el largo corredor hacia la sala donde, a la par de un cuadro del Corazón de Jesús, la señora y sus dos adolescentes hijas, Libia y Fabiola, lo recibieron con una taza rebosada de café y tres hojuelas como preámbulo de los frijoles preparados para la cena. Después, y como era costumbre, hicieron un recorrido por la casa. Una típica vivienda de origen colonial con techos en teja de

barro y altos muros contruidos en tapia prensada, amplias habitaciones rodeadas por corredores donde sobresalían las columnas y chambranas. Lo que más llamó la atención del muchacho fue el inmenso patio en el que colgaban grandes materas cubiertas de helechos, y en cuyo centro había una fuente de agua —una muestra de la herencia arquitectónica de los moros españoles y de los sefarditas—. También lo deslumbró el vasto comedor que a su lado tenía un lavamanos —igualmente, una herencia cultural relacionada con el aguamanil judío—. Paso seguido, la señora lo invito a que se sentara, pues en el comedor lo esperaba un plato de porcelana rebosado de frijoles con plátano picado y arroz, acompañado de un guiso con cebolla y tomate, un trozo de chicharrón, dos tajadas de plátano de maduro, medio aguacate y una taza de mazamorra³ con panela.